



«PAZ» COMO SEA

No se entiende que un partido que ha puesto tantas víctimas se pliegue a la pantomima de una «paz» negociada

NO se entiende, y si se entiende es peor. Cada uno de los argumentos —que no razones— que el Partido Socialista vasco ha aducido para asistir a la mascarada pacificadora de San Sebastián constituye una refutación de sus propios compromisos en la lucha antiterrorista. Una negación ominosa de los principios que han venido alentando la resistencia democrática. Un autodesmentido de la gloriosa trayectoria de heroísmo y firmeza que muchos militantes han suscrito con su sufrimiento y hasta con su sangre. Y una claudicación que acabará desplazando a los constitucionalistas del poder y entregando la autonomía vasca al designio del soberanismo más radical según el proyecto político etarra.

No se entiende que un partido que ha puesto tantos muertos y tantas víctimas quiera sustituir la victoria ante el terrorismo por una abstracta pazzzzzz negociada. No se entiende que cuando más asfixiada y próxima a la derrota está la ETA se le alargue una mano cargada de contrapartidas políticas. No se entiende que un colectivo tan implicado como el socialista en la unilateralidad del sacrificio acepte de repente la idea de un acuerdo multilateral que consagra el concepto de mutuo conflicto entre partes, como si Euskadi fuese el Ulster, necesitado de mediación externa. No se entiende que un ex secretario general de la ONU participe en esa mediación sin la connivencia del Gobierno de España. No se entiende que una fuerza con responsabilidad institucional se sienta en una estrafalaria mesa de negociación ideada por los testaferros de la banda.

No se entiende que el PSE —y el PSOE— se muestren receptivos a la equiparación entre las víctimas de los agredidos y las bajas de los agresores. No se entiende que respetables personalidades del Gobierno y la Justicia anticipen la sugerencia de medidas de gracia sin que ETA haya depuesto las armas ni mostrado intenciones de pedir perdón. No se entiende la implorante actitud apaciguadora y deferente de quienes hasta ahora han sido intachables defensores de la fortaleza democrática hacia unos dirigentes del brazo político etarra reconvertidos en comisión de servicio. No se entiende que las bases del consenso nacional contra el terrorismo queden pisoteadas en una siniestra pantomima de los acuerdos de Stormont.

Y si se entiende es más grave, porque todo eso sólo se puede comprender como un inaceptable viraje desde la dignidad hacia el sometimiento. Como una concesión claudicante motivada por la necesidad de llegar «como sea» —la chapucera y acomodaticia impronta del zapaterismo— a un final susceptible de rédito político. Como una maniobra desesperada por cerrar con algún logro un desdichado mandato de fracasos múltiples. Aunque ese logro sea un bochorno y aunque llegue en medio de una farsa y a costa de una degradación democrática. Si se tratase de un error, sería un gigantesco error. Si no lo es... más vale que lo sea.